

á toda costa. Al poco tiempo se corrige y se acusa de su poco respeto; pero al fin triunfa el cariño y dice que no sabe qué hacer y que no es ya suya, desde que él le robó el corazón y le dió entrada en la bodega de sus vinos generosos. Conjura á todos los espíritus bienaventurados que tengan á bien mostrarle su amado, sin el cual no puede vivir; y sobre esto hace muchas protestas de que si una vez llega á tenerle, no le soltará jamás. A veces sus deseos le causan tal desfallecimiento, que si no se acudiera pronto con las medicinas, perecería en brazos de los que la asisten. Todos sus deseos y todas sus diligencias se enderezan á buscar á aquel por quien suspira, platicar con él á solas y recibir de su sagrada boca el divino ósculo de la encarnación y las arras infalibles del matrimonio futuro. ¡Oh amor maravilloso! exclama S. Bernardo (1). ¡Oh amor todo de fuego! ¡Oh raros impulsos! ¡Oh amor, que de tal suerte embargas el alma, que no puede pensar en otra cosa que en tí! ¡Oh amor, que lo desprecias todo sino á ti mismo, que de ti solo estás contento, que no sabes guardar ningún orden, que no puedes vivir mas que á tu modo, que no quieres tener ni medida, ni discreción, ni recato, ni buen parecer! Tú triunfas de ti mismo y te gozas en tu servidumbre. Considerad á esa amante y ved cómo no piensa mas que en lo que ama, cómo no tiene lengua, ni razón, ni entendimiento sino para él, cómo no vive, ni respira sino por él.» Estas palabras del santo doctor manifiestan las ansias de la Virgen sin par que se muere de deseo, que no puede ver la hora de que se cumplan las promesas del cielo y de que tengamos un Dios entre nosotros, y que contribuye por sí sola á hacerle adelantar su venida mas que todos los espíritus criados juntos.

(1) Serm. 79 in Cant.

§. III.—La virginidad, segunda calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. Ya hice ver en el capítulo V del tratado primero qué virtud tuvo la virginidad de María santísima para captarse la gracia del Espíritu Santo. Ahora se trata del divino esposo, á quien la casta esposa dirige estas palabras de los Cantares: Mi amado para mí y yo para él. Digo mi amado que se recrea entre las azucenas, hasta tanto que venga el día y se disipen las tinieblas, es decir según la interpretación del emperador Mateo Cantacuzeno, hasta que se manifieste á los hombres tomando su carne, porque este es propiamente el día deseado. En tanto pues que el mundo esperaba ese día dichoso, el esposo celestial buscaba el campo de azucenas para recrearse; pero en vano, porque aquella tierra antigua casi no las producía. Solamente sobre el monte Sion en el lugar mas santo del universo, llamado con este motivo el santo de los santos, habia una azucena de incomparable hermosura, capaz de multiplicarse á millares y de formar un jardín entero, como en realidad sucedió, porque habiéndola columbrado el rey del cielo no pudo menos de trasladarse allá para verla de cerca, contemplarla y olerla. En cuanto la vió, la cogió y la trasladó á un terreno mejor con tanto acierto, que al punto comenzó á brotar en abundancia para poblar todos los cuadros del jardín de la iglesia. Desde entonces se vieron llenos de azucenas los collados y los valles: desde entonces los espíritus bienaventurados tuvieron indecible contento con los hombres: desde entonces trataron con ellos como con sus compañeros y hermanos: desde entonces se prendaron del amor de la virginidad despues que la vieron consagrada en la persona del Verbo encarnado y de su venerada madre.

II. No me adelantaria yo á poner la virginidad en el número de las mas excelentes virtudes de María santísima.

ma que hicieron bajar al hijo de Dios á la tierra, si por un lado no lo mereciese esa admirable calidad y por otro no me abonaran los santos padres, que la colocan entre las primeras. S. Andrés de Jerusalem siguiendo el pensamiento que yo apunté poco antes, dice (1) «que esa flor celestial despidió un olor tan grato, que de repente el Verbo divino deputó al arcángel Gabriel para conservársela. ¿No hubiera sido su dicho mas notable si hubiese sentado como yo poco há que bajó él mismo á cogerla? S. Gregorio Niseno lo toma por otro rumbo diciendo que el Verbo eterno vino á la tierra no en un carro de fuego como Elías, no en una nave volante, sino en alas de la pureza y de la integridad virginal. Pero ¿á qué propósito voy yo mendigando autoridades extrañas, cuando esta verdad se nos manifiesta por el testimonio irrecusable del divino esposo, que mejor que nadie puede responder de sí mismo? Santa Brígida sobre la fidelidad que debe á Dios, protesta haber oído un dia al Salvador hablar de esta suerte á su gloriosa madre (2): «Mi veneradísima madre, tú eres la hermosa aurora que con tu apacible luz te adelantaste y atrajiste al verdadero sol del mundo, que no es otro que mi divinidad; sol que no encontró nada igual á tí sobre la tierra, de suerte que te inflamó en su amor y te iluminó con su luz sobre todas las criaturas. Así por tu medio se disiparon las tinieblas del mundo, y los cielos recibieron nuevo resplandor. Te lo digo sin disimulo: tu pureza me agradó mas sin comparacion que la de los espíritus mas puros y fué el iman que atrajo á mi divinidad á fin de abrasar tu corazon en el amor divino, para que fuese concebido Dios en tus entrañas, saliesen los hombres de las tinieblas en que estaban sumergidos, y recibiesen los ángeles la alegría que esperaban.

(1) Serm. de Annuntiat.

(2) Revelat. l. 4, c. 50.

A resultas de lo cual te aseguro que nunca será desechada ninguna de tus peticiones y que todo el que interponga tu nombre y valimiento para alcanzar de mí el perdon, le conseguirá con tal que se duela de su culpa.

III. Sé muy bien que la palabra sola del rey del cielo vale mas que cuanto yo pudiera alegar; no obstante el abad Guerrico hace una consideracion tan excelente sobre el trono místico de Salomon, que no puedo pasarla en silencio. Ya mostré en el capítulo V del tratado primero que ese trono fué una de las figuras mas visibles de la virgen María, y no quiero añadir otra cosa á lo dicho entonces sino lo que pertenece á su virginidad, la cual sostiene aquel doctor haber sido representada muy naturalmente por el marfil de que se componia el citado trono. Si consideramos la invencion y artificio de este trono real, dice (1); «hallaremos que todo es admirable y correspondiente á la opinion de sábio del monarca que le mandó construir. Pero por mi parte lo que mas admiro es el marfil precioso ó mejor dicho sin precio de la castidad virginal, que agradó tanto al rey del cielo sentado sobre los querubines, que le escogió para hacer de él su trono y el lugar de su descanso. ¡Oh qué hermoso y reluciente debe de ser ese marfil, cuando el gran monarca á quien tan fácil es encontrar oro como piedras preciosas, le prefirió á los metales mas exquisitos! ¡Oh qué frio debe de estar, pues que nunca sintió ningun movimiento desordenado! ¡Oh qué sólido es, pues que no sufrió lesion por el parto! ¡Oh qué blanco es, pues que recibió la blancura de la luz eterna! En una palabra así como Salomon no halló nada preferible al marfil en todos sus tesoros, ni entre las telas mas preciosas escogidas de todas las partes del mundo, de la misma manera Dios no

(1) Serm. de Annuntiat.

encontró entre todas las criaturas racionales ninguna que le fuese mas agradable que la Virgen para servirle de trono; trono maravilloso, porque segun el testimonio mismo de la Escritura (1) no se vió jamás otro igual en todos los reinos del mundo; trono incomparable, porque los ángeles no pueden hartarse de considerar la sagrada humanidad del Salvador, que fué formada de una pieza de este divino marfil. Así bienaventurado el vientre de marfil de donde fué hecha esta humanidad purísima, que es el precio de las almas, el pasmo de los ángeles, el asiento de la soberana majestad, el trono del poder, el manjar de la inmortalidad, la medicina del pecado, la reparacion de la salud, que recibieron al punto cuantos se acercaron á él, por la virtud que despedia. Bienaventurado, vuelvo á decir, el vientre que te llevó oh dulce Jesus. Dichosa la castidad del seno virginal que sirvió de materia á una obra tan excelente: dichoso el marfil que agradó tanto al rey de toda pureza, que desde entonces quiso guardar siempre sus mas preciosos unguentos en cajas de marfil; es decir que quiso depositar sus mas exquisitas gracias en almas y cuerpos recomendables por el amor de la castidad.» Hasta aquí el abad Guerrico.

§. IV.—La humildad, tercera calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

I. S. Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, cree con justísima razon que entre las calidades que tuvieron algun poder en el Verbo divino, no fué esta la última. Por el mérito de su humildad, dice (1), por su ardientísima caridad la Virgen fué amada del Padre, escogida por él

(1) III Reg. X.

(2) De casto conn., c. 9.

Hijo, llena del Espíritu Santo, ennoblecida con una concepcion divina, figurada por las sombras antiguas, anunciada por los profetas, preferida á los arcángeles y generalmente á todos los bienaventurados. No hay que admirarse de esto, porque Dios segun el salmista se aparta de los corazones altivos y presuntuosos mirándolos con desden y desprecio, y al contrario abate su grandeza y majestad hasta la pequeñez de los humildes. No busquemos otras pruebas, pues la misma humilde sierva confiesa ingénuamente que el rey del cielo miró á su humildad, y dice en los Cantares que estando el rey en el lecho de su reposo llegó hasta él el suave olor de su nardo. S. Bernardo (1) y el abad Ruperto (2) dicen cosas maravillosas sobre esta verdadera confesion de la mas humilde criatura. «¿Qué quereis, dice el segundo, que entienda por este lecho de descanso sino el corazon ó el seno del padre eterno? Así es lo mismo que si dijera: cuando el Verbo estaba en el principio con Dios y en Dios como en el seno de su padre, el olor de mi humildad subió hasta él y le agradó de tal suerte, que le hizo bajar á mis entrañas. Así el que habia sido ofendido por la hediondez de la soberbia de la primera mujer como por una úlcera cancerosa y que con este motivo se habia apartado de los hombres, fué atraído de nuevo á la tierra por el agradable olor de mi humildad. Y por esta razon digo que se parece al nardo ó al espliego, porque así como esta yerbecilla aromática con su espiga, su flor sumamente olorosa y su raiz perfumada se emplea en diversos usos, de la misma manera mi humildad pequeña en la apariencia y aun mas en la estimacion que yo hacía de mí misma, pareció mas preciosa en el juicio equi-

(1) Serm. 4 de Assumpt. et serm. 42 in Cant.

(2) Lib. 1 in Cant.

tativo del rey del cielo que todas las obras de la ley, muchas de las cuales se estimaban grandemente, y preferible al humo de todos los sacrificios del mundo. Digo además que nada le agradó tanto como el haber visto la humildad en nuestro sexo, el primero que habia sido viciado de la soberbia, porque muy de antemano se hallaba ya la humildad entre los hombres: testigo Abraham, que se estimaba como polvo y ceniza: testigo David, que no se desdénaba de llamarse una pulga y un perro muerto. Pero al cabo esta virtud se vió entre las mujeres y no fué menos notable, y aun puede decirse con verdad que el Señor despues de haber buscado largo tiempo encontró una que se llevó el precio de esta virtud, así como de todas las otras.» Tal es en parte el discurso del devoto abad.

II. S. Buenaventura luce siempre la gallardía de su entendimiento y su devocion; pero especialmente cuando se trata de la madre de Dios. Hé aquí dos pasajes notables en favor de la humildad de que hablamos. En el espejo que compuso de las virtudes de la Virgen, le aplica con mucha habilidad aquel lugar del capítulo XX del libro II del Paralipómenon, en que se lee que el piadoso rey Josafat, habiendo ganado una insigne victoria á los moabitas y ammonitas y habiéndose enriquecido con el botin, llamó valle de bendicion al lugar del reencuentro. «Este valle, dice el seráfico doctor, donde el rey del cielo tiene el primer choque con sus enemigos, no es otro que el seno de la Virgen santísima; porque si es verdad que segun el testimonio de Isaías puede llamarse un valle todo espíritu humilde, con mayor razon hay que confesar que la que se aventajó á todos en su profunda humildad, debe de llamarse el valle de los valles y además verdadero valle de bendicion, porque atrajo sobre la tierra todas las bendiciones del cielo. Pero me parece que aun habla mejor en otro lugar,

donde le apropia las palabras del profeta Isaías para consolar al rey Ezequias que temia las amenazas del impio Rabsaces. «Señor, le dijo el profeta (1), no temas nada, y que no dejen de sembrar y labrar la tierra segun costumbre, porque te advierto que á medida que lo que quedare de la casa de Judá meta sus raices dentro de la tierra, su fruto brotará y subirá hácia el cielo.» ¿Qué reliquias son esas del tronco de Judá, dice S. Buenaventura, sino la gloriosa Virgen que se hunde, digo poco, se abisma y se pierde todo lo posible en el centro de su nada; y no obstante cuanto mas se oculta al mundo, mas se da á conocer al cielo y mas se dispone á producir la flor lozana que debe de regocijar al universo? Ahora me parece que empiezo á entender por qué decia Isaías que esta flor habia de salir de la raiz de Jesé contra la naturaleza de las demás que nacen todas de su tronco y caña. Solo la flor llamada margarita, dice el naturalista, crece de esta manera: margarita la hermosa flor del cielo, que nació primeramente en el seno del eterno padre y despues se abrió en el vientre de la sacratísima Virgen: margarita que está adherida á su raiz, porque como dice S. Bernardo (2), si la Virgen agradó á Dios, fué por su virginidad; pero concibió por su humildad.

III. ¡Oh humildad! exclama el abad Guerrico (3); muy estrecha para sí, pero muy capaz para la divinidad; pobre y ruin para sí, pero suficiente para el que lo abarca todo; escasa y mezquina á su juicio, pero riquísima en la estimacion que hace de ella el que sustenta á los ángeles y no banquetea nunca mas espléndidamente que en la casa de la humildad. He buscado el descanso en diversos parajes, dice el rey del cielo; pero al cabo le

(1) IV Reg. XIX.

(2) Serm. 4. in Missus.

(3) Serm. de Assumpt.

encontré en casa de la humilde sierva. No se halló otra tal en la gracia de humildad; por lo cual la plenitud de mi divinidad descansó en la abundancia de su humildad. ¡Oh humildad tres veces dichosa, dice S. Agustín (1), que dió Dios á los hombres, restituyó la vida á los muertos, renovó los cielos, purificó el mundo, abrió el paraíso y libertó á los hombres del infierno. ¡Oh humildad de la Virgen verdaderamente gloriosa, que fué la escala del cielo por donde el Señor del universo bajó á la tierra, porque como ella misma confiesa, miró aquel á la humildad de su sierva y se complació singularmente en la misma.

§. V.—La obediencia y el consentimiento en la divina voluntad, cuarta calidad con que la Virgen santísima atrajo al Verbo divino.

*El deseo del esposo celestial.*

I. Las calidades propuestas hasta aquí no han sido mas que como las disposiciones y preparativos de la última, la cual echó el sello á todas las otras y tuvo poder para hacer bajar del cielo nuestra única dicha; porque como dice muy oportunamente S. Pedro Crisólogo (2), justamente concibe al Verbo la que creyó la palabra. Otro doctor observa con mucho acierto que viniendo á la tierra el Señor de todas las cosas no para mandar, sino para obedecer, requería la razon que la concepcion empezase por la obediencia de la madre. Esto se manifestó en el consentimiento que dió á las palabras del ángel, y sin el cual no se hubiera hecho nunca nada, porque como dice muy bien Guillermo el pequeño escribiendo sobre el libro de los Cantares, Dios no quería tomar nuestra naturaleza de la gloriosa Virgen, como habia formado á

(1) Serm. 35 de sanctis.

(2) Serm. 2 de Annuntiat.

la primera mujer de la costilla de Adam; mas deseaba que esto saliese de la libre voluntad de aquella. El doctor angélico alega la razon (1) diciendo que pues la encarnacion no era otra cosa que un matrimonio solemne entre el Verbo divino y nuestra naturaleza, se requería enteramente el consentimiento de los dos, y para este fin se envió la embajada á la Virgen, la cual respondió por toda la naturaleza humana.

II. Por este motivo su abuelo el profeta David encargaba tanto á la señora que atendiese cuidadosamente al aviso del cielo y á la respuesta que ella habia de dar. Escucha, hija mia, le dice (2); pon atento oído al divino parainfo; mira que el rey está prendado de tu hermosura. Esto quiere decir segun la paráfrasis de Crisippo de Jerusalem (3) que el Padre eterno quiere tenerte por esposa; el Espíritu Santo desea dirigir esta boda y el Hijo tenerte por madre: concebirás un hijo que no será hombre solamente, sino que serás madre de aquel á quien adoras como á tu señor y á tu Dios. No nos toca comprender con qué ansia llevaron adelante las tres divinas personas la conclusion de esta boda, y especialmente el Verbo increado, cuyos castos deseos sobrepujaban de una manera indecible la pasion mas ardiente de todos los hijos de la tierra. No está al alcance del entendimiento humano concebir de qué modo abrasaba interiormente el corazón de aquella angelical princesa dirigiéndole las palabras del Cantar de los cantares: Oh tú que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz (4). Es un privilegio incomprensible de la hermosura y grandeza de la virgen María que aquel en cuya presencia los espíritus puros no tienen gracia, ni hermosura,

(1) P. 3, q. 30.

(2) Psalm. XLIV.

(3) Hom. de sancta M. Deip.

(4) Cant. VIII.